

Tal es en efecto el tercer carácter del verdadero pobre de Jesucristo, una intrepidez á toda prueba. El hombre apasionado por la riqueza es un hombre que tiene miedo : un miedo se le pega como el remordimiento al culpable, el miedo de desconcertar ó perder su fortuna : un ruido, un soplo, una sombra le espanta; y porque el miedo hace cobarde, el hombre apegado á las riquezas es cobarde; para guardar su fortuna está dispuesto á toda baja. Para évitár todo miedo y las bajezas que él acarrea, hay un secreto bien sencillo : no desear nada y no poseer nada. En una alma sin deseos no halla lugar el miedo. Aquel que no poseyendo nada, no desea nada, no puede tener miedo de nada. El que no desea nada absolutamente, ni siquiera la vida, no puede temer absolutamente nada, aunque sea la muerte. Y esta es la situacion del verdadero pobre de Jesucristo. ¿Qué es lo que se le puede quitar, cuya pérdida le espante? ¿Su riqueza? él no tiene riqueza alguna. ¿Su herencia? él no tiene herencia. ¿Su hogar? tampoco tiene hogar. ¿Su patria? el mundo entero es su patria, ó mas bien el mundo es para él un destierro; y si se le pregunta cuál es su patria, puede decir, mejor que el sabio de la Grecia, levantando la mano : « ¡Mi patria es el cielo! » ¿Quién podrá espantarle? ¿La muerte? pero la muerte acorta su destierro, y le abre la sola patria en busca de la cual van sus deseos. O potestades del mundo, no esperéis espantar el alma grande del pobre : su alma es enteramente de aquel á quien no puede perder, y su corazon está en un lugar adonde no pueden llegar vuestros golpes.

Una sola cosa podría espantarle, perder á Jesucristo. « Para ganar á Jesucristo, os dice él, he despreciado todo lo demás. Jesucristo es « mi riqueza, Jesucristo es mi herencia, Jesucristo es mi patria; Jesucristo es mi padre y mi madre, y mis hermanos y mis hermanas; « Jesucristo es mi Dios, Jesucristo es mi todo : *Deus meus et omnia.* « Y yo sé que vosotros no podeis quitarme á Jesucristo. Todo lo que « me persigue, me acerca mas á él; todo lo que me despoja, me reviste « de él; todo lo que me hace mas pobre, me enriquece mejor de él; « todo lo que puede causarme hambre, me sacia de él; y la cuchilla « que herirá mi cuerpo, última propiedad de mi alma impaciente de « poseer á él solo, no haria mas que echar á tierra la barrera que toda- « vía me separa de él. » Tal es el pobre de Jesucristo, sin esfuerzo, sin énfasis y sin insolencia; él es por excelencia el hombre sin miedo,

el hombre que no tiembla. Y si desde que os hallais en el mundo no habeis encontrado por todas partes sino hombres que tiemblan, sabedlo bien, esto proviene de que, como aquel emperador que todavía no habia encontrado ningun obispo, vosotros no habeis encontrado todavía un verdadero pobre de Jesucristo.

Así la pobreza cristiana despojando al hombre del prestigio de las grandezas que no son él, le engrandece en el interior, y le imprime un carácter al que no pueden compararse, ni de léjos, las mas grandes figuras del mundo pagano. Y casi no es necesario que os diga, que la humanidad no ha visto pasar sin conmoverse este numeroso ejército de pobres voluntarios llevando debajo de su humilde librea toda la majestad del hombre; y sería digno de lástima aquel que no comprendiera el inmenso y saludable sacudimiento que su paso ha producido en el mundo para su engrandecimiento general.

¡Ah, Señores! cuando los pobres de Jesucristo no hubiesen hecho otra cosa al pasar por la tierra, han hecho por lo ménos esta cosa incontestable, cuyo retumbo se prolonga por los espacios y los siglos : con el espectáculo de su despojo voluntario han formulado una protesta solemne contra los excesos de la codicia; y han ejercido una reaccion inmensa y verdaderamente progresiva contra las degradaciones que aquella acarrea. Ellos han mantenido en su inalterable majestad el carácter del hombre en medio de las bajezas é ignominias de la codicia : y con ello han impedido que prescribieran aquellas ignominias, y que las bajezas fueran el nivel y el estado normal de nuestra humanidad.

Pues bien, lo que estos pobres han hecho por primera vez en los primeros siglos cristianos y tantas otras veces desde que existe el cristianismo, lo hacen todavía en nuestros tiempos : y esta protesta y esta reaccion, mas necesaria hoy en día que nunca, no será ni ménos poderosa ni ménos eficaz para levantar las almas que están en decadencia. El siglo, por abajado que esté á causa del reinado de la codicia contemporánea, se dirá forzosamente al verlos pasar : Hé ahí unos hombres convencidos de que hay una grandeza humana que no proviene de la materia : hé ahí unos hombres que juzgan, que hay para el hombre en este mundo cierta cosa mas sublime que tocar montones de oro ó correr en coche dorado : y sobre todo, cuando estos hombres

son ricos que se han hecho voluntariamente pobres; cuando el mundo puede ver á menudo este espectáculo que le eleva, á saber, ilustres de la fortuna y príncipes de la tierra que pasan delante de él cubiertos con el sayal de un pobre fraile, yo digo que este paso de la ilustracion despojada y de la riqueza que se ha hecho pobre, es para el siglo que lo presencia, una revelacion de grandeza que le impide á abajarse á ciertas ignominias, que no pueden manifestarse y sobre todo prescribir sino en pueblos enteramente degradados.

Así pues, haced cuanto queráis: si os queda el espectáculo de la pobreza voluntaria como un don de aquella Providencia que jamas os falta en la hora de vuestras supremas necesidades, yo afirmo que los excesos de la codicia contemporánea cuyo oprobio no os he disimulado, no prescribirán nunca en este gran país de Francia. A estas horas la codicia presenta á vuestra vista espectáculos vergonzosos. Sí, pero los desafío á que no se presentarán delante de vosotros sin que vuestras almas les inflijan estígmato de ignominia. Sí, obligados á presenciar estas degradaciones paganas, os queda un sentimiento cristiano que os fuerza á anatematizar del fondo de vuestras almas las codicias mas afortunadas y mas aplaudidas. Registrad bien lo que hay en el fondo de vuestras almas que han permanecido cristianas, relativamente á lo que vosotros llamais el *buscador de oro*, y por lo que respecta al hombre que se os presenta como el *hombre de dinero*, nada mas que el *hombre de dinero*: allí encontraréis dentro de vosotros, y quizás á pesar de vosotros, montañas de desprecio.

¿Quién os ha enseñado esto? ¿quién os ha enseñado despreciar con tanta nobleza lo que cierto mundo adora con tanto servilismo? ¿quién? ¡Ah, Señores! el cristianismo; el cristianismo que os ilumina, que os penetra, y que os gobierna todavía, aunque os falte la práctica cristiana; el cristianismo, que todavía os muestra él solo, con el ejemplo de sus pobres de todas las condiciones, donde reside la verdadera grandeza del hombre.

Dejad pues pasar el vestido de la pobreza por vuestras calles donde tienen su libre paso todas las magnificencias; y nada temáis al ver aparecer de nuevo en medio de vosotros y bajo todas sus formas las santas legiones de la pobreza cristiana. No os dé miedo el hábito del capuchino, del dominico, del carmelita y del franciscano: este espectáculo

es una compensacion de todos aquellos que os dan las codicias que nos degradan: él impedirá el que olvideis vosotros la pobreza de Jesucristo; y todos juntos mostraremos al mundo la verdadera *grandeza del hombre*, protegida y sostenida bajo la bandera de Jesucristo.

II.

Pero la pobreza no es solamente para el hombre un principio de engrandecimiento; es tambien un antemural para la sociedad.

Ya dije el otro dia que la humildad cristiana es una inmensa fuerza social, porque por su esencia es sumision á la autoridad; y poniendo tambien la pobreza cristiana en frente de las necesidades sociales, digo hoy que ella es uno de los mas fuertes antemurales de la sociedad en el siglo décimonono.

A mas del principio de autoridad necesario al sosten de todo orden social, hay otro de una necesidad no ménos absoluta, y es el principio de la propiedad. La propiedad es el punto de apoyo de la estabilidad social. Sin la propiedad no hay sociedad; ni siquiera la familia se sostiene, y el orden moral se altera.

Yo no insisto sobre estos elementos, pues que vosotros todos admitis como inatacable el derecho de propiedad: pero necesitais comprender bien en nuestros dias dónde están los firmes baluartes y los verdaderos defensores de la propiedad amenazada. Yo no trato aquí de la propiedad de una manera especial, ni la considero sino por lo que respecta á mi asunto; y así digo que uno de los mas fuertes baluartes de la propiedad es la pobreza cristiana, y que los mas grandes defensores del derecho de los propietarios son los pobres de Jesucristo. Esta afirmacion inesperada puede á primera vista pareceros una paradoja; pero cuento mucho con la rectitud de vuestro juicio y con la fuerza de la verdad para que me atreva á esperar que esta afirmacion os dejará convencidos.

En efecto, si quereis considerar las dos cosas que voy á deciros, tanto en su naturaleza íntima como en sus destinos históricos, veréis que ellas están unidas en la naturaleza por las relaciones mas profundas, y en la historia por el paralelismo mas asombroso.

La pobreza voluntaria considerada en sus relaciones íntimas con la propiedad, hace en favor de ella estas dos cosas que producen un mismo resultado : ella suprime en el alma humana el principio que la ataca, y le da una consagración que la robustece; ahuyenta sus enemigos, y le da defensores.

¿Cuál es en vuestra opinión la causa secreta que del fondo de las almas hace la guerra á la propiedad? ¿De dónde vienen tantas teorías nuevas por las que se halla el derecho de propiedad, si no radicalmente destruido, á lo ménos profundamente conmovido? Al leer tal libro, al oír tal discurso, en que todos los que poseen son denunciados á las venganzas populares como tiranos de aquellos que no poseen, podríais tal vez creer que los autores de aquellos libros y de aquellos discursos son hombres de una abnegación perfecta y de un desinterés que nada deja que desear, y que quizás aquellos hombres consentirían por su parte á ser los ménos ricos en bienes de este mundo, con tal que la humanidad entera entrase en posesión de la riqueza. Vosotros os engañais : aquellos hombres tienen ambición de poseer. Ellos quisieran hacer creer, que en el fondo de su metafísica social hay contra la propiedad razones cuya profundidad se escapa al común de los hombres; pero esas razones no se nos ocultan del todo : deseos inmoderados de poseer y pasiones impacientes de gozar, tales son esas razones profundas.

Nada hay más cierto : lo que en las inteligencias hace bambolear el derecho de propiedad, es el amor de la posesión que se agita en los corazones. Las bases de la propiedad están hundidas en la profundidad de los siglos y en las profundidades del alma; mil veces la ciencia del derecho ha examinado sus títulos, y los pueblos la han consagrado con un asentimiento universal y una práctica secular. ¿De dónde viene pues que esta cuestión vuelve de cuando en cuando á presentarse ante la razón popular : ¿Por qué hay propietarios? Y á la verdad, á esta cuestión : ¿Por qué hay propietarios? ha respondido la justicia, ha respondido el orden, han respondido las sociedades, han respondido los siglos, y el buen sentido de las naciones responde eternamente. Pues bien, á pesar de esta respuesta unánime, todas las veces que el soplo de la codicia viene á agitar las almas, cuando la pasión de poseer se ha hecho la pasión de todos, sube desde luego á la superficie esta cuestión

que vive siempre en el fondo de los instintos codiciosos. Se hacen sistemas, se imaginan teorías, se sientan problemas en que los derechos, las instituciones y la sociedad misma están de nuevo puestos en cuestión. ¿Y por qué? ¿Qué hay en el fondo de esas teorías, de esos sistemas, de esas utopías? ¿Hay allí algo que sea verdaderamente serio? Sí, Señores, hay algo muy serio. ¿Y qué? ¿Hay en esas inteligencias ideas grandes? No, hay en esos corazones grandes pasiones, y entre todas, la pasión que hace los enemigos de la propiedad, la pasión de poseer. Esos hombres hablan de fraternidad, sí, pero lo que buscan es la posesión; hablan de libertad, sí, pero lo que buscan es la posesión; hablan de afección, sí, pero buscan la posesión. En verdad, os lo diré, una cosa incomoda á esos terribles enemigos de los propietarios, y es que ellos mismos no son bastante propietarios.

Admitido pues como una verdad incontestable que el gran enemigo del derecho de la propiedad es el deseo inmoderado de la posesión, ya no es difícil de comprender, si se mira el fondo de las cosas, que la pobreza evangélica es el más firme baluarte del derecho de propiedad.

En efecto, el primer resultado de la pobreza es minorar ó suprimir en los corazones el deseo de la posesión. Es la pobreza, según hemos dicho, un amor sustituido á otro amor; el amor del despojo sustituido al amor de la posesión : es el desprendimiento de lo creado por amor de preferencia al Criador. Yo no explico ahora cómo este segundo amor se sustituye al primero : solo hago constar que la pobreza implica este amor y es este amor mismo. Así pues la pobreza en su esencia debilita en el hombre ó destruye enteramente el enemigo de la propiedad. Desde el momento en que el hombre ha puesto su corazón en un lugar más alto que lo creado; desde el instante en que hace de su mismo Criador su patrimonio y su herencia; desde que ha dicho con el profeta : *Dominus pars hæreditatis meæ et calicis mei*, y cuando ha dicho con un pobre de Jesucristo : *Dadme vuestro amor y soy bastante rico : Da mihi amorem et dives sum satis*; ¿qué es, pregunto, lo que del fondo de su corazón podría conspirar contra los propietarios? ¿De dónde le vendría la tentación de disputar ó de negar un derecho, cuyo cumplimiento ni puede lastimarle ni llegar á él? Desde las cumbres donde le eleva su amor uniéndole al Criador, asiste con serenidad á esa perpetua batalla en que los hombres luchan para disputarse los

pedazos de la tierra. Mientras que en derredor de él los codiciosos violentan el buen sentido, la justicia y la historia para hallar razones contra un derecho establecido por la historia, la justicia y el buen sentido, él nada tiene que decir contra este derecho cuya verdad se le presenta en la luz de su juicio desinteresado. Él ve las sombras que las codicias acumulan al rededor de la claridad del derecho; pero el derecho no cesa de brillar para él mas alto que las nubes: los relámpagos que surcan y los truenos que conmueven la atmósfera en que se agitan esas codicias, en nada le hallan alterado: él está mirando al sol siempre brillante en aquel puro éter que él habita; tanto mas á propósito para decidir el derecho, como que no puede tener la mas mínima pasión contra el derecho, del mismo modo que la justicia personificada en un magistrado íntegro.

Y á la verdad, la pasión que protesta en el corazón del hombre contra la propiedad, es entre todas las otras la envidia: la envidia, enemiga natural de toda posesión que no es suya: la envidia que reputa como una desgracia propia la felicidad ajena, un oprobio de su gloria, una humillación de su grandeza y una pobreza de su riqueza. En nuestros días sobre todo, volviéndose las ambiciones hácia la materia, se han vuelto las envidias especialmente hácia esta parte. Nosotros hemos decaído, hasta en nuestras pasiones. En otros tiempos nuestras envidias se dirigían á la gloria, y el honor tenía, sobre todo en Francia, el privilegio de hacer envidiosos. Hoy en día hemos decaído mucho. ¿Qué se necesita para hacer envidiosos? Poseer mas que su vecino. Esta envidia que se llama legítima y se proclama justicia, que se muestra aquí con el odio en el alma, allí con la amenaza en los labios, y mas allá con el puñal en la mano, es la grande amenaza á la propiedad.

Pues bien, ¿hay algun medio para curar á las nuevas generaciones el mal de la envidia que codicia la propiedad ajena? Sí, este medio existe: disminuir en los corazones el amor de lo creado y la ambición de poseer. Despegad el amor de la tierra, la envidia caerá por sí misma. Esto no necesita demostración.

Así, este amor vuelto hácia el Criador cesa de conspirar con sus deseos contra los poseedores de lo creado; y el pobre de Jesucristo, arrancado por su amor de aquella arena formidable en donde las co-

dicias se disputan la tierra, es para el derecho de propiedad un enemigo de ménos y un defensor de mas.

En efecto, el hombre que abraza la pobreza voluntaria, no solo destruye en sí mismo la pasión de poseer que amenaza á la propiedad; sino que con su abdicación de la posesión confirma el derecho de poseer, y despojándose libremente de él le da una generosa consagración.

El pobre de Jesucristo practicando esta palabra: « *Id, vended lo que poseeis y dadlo al pobre,* » evidentemente confirma el derecho de poseer desposeyéndose á sí mismo. Para vender es preciso ser propietario, para dar es preciso tener. El hombre que se consagra á la pobreza, es manifiesto que pretende hacer una abdicación; y para hacer una abdicación es preciso tener un derecho. Un hombre dice en cierto día: Hé aquí mi patrimonio; este castillo es mio, este dominio es mio, este capital es mio, todo esto es mio; es el sudor de mis antepasados, es el trabajo de mis ascendientes; todo lo de este dominio es mio. El día siguiente este hombre dice con toda verdad: Yo no tengo ni un grano de arena, yo soy un pobre. ¿Cómo se ha verificado esto? Por una traslación de dominio. Este hombre lo ha dado todo. Pero notadlo bien, al dejar su herencia á los pobres, no ha dicho este hombre: « *Recobrad vuestros bienes: yo creía poseer y me he equivocado: yo olvidaba que entre hermanos todo es comun: entrad otra vez en vuestros derechos entrando en la repartición de mis bienes.* » No, el hombre que consagra á Jesucristo desnudo su propio despojo, no dice nada de esto; dice, sí: « Yo podía conservar estos bienes, yo no lo quiero: yo quiero ser semejante á mi maestro: mi maestro no tiene nada, yo no quiero tampoco tener nada; y quiero hacer consistir mi riqueza en no poseer absolutamente nada. Así como él se ha despojado voluntariamente, así tambien me despojo yo voluntariamente: lo que yo hago, nadie sino él tiene derecho de exigirlo. Ni siquiera él lo exige: él me dice: *Si quieres ser perfecto; para aceptar esta desapropiación que es su imitación, aguarda mi consentimiento: vasallo libre todavía y propietario bajo su imperio y su dominio absoluto, quiere que mi desapropiación sea un acto de aquella soberanía que he recibido de él. Así pues, dando mis bienes no pretendo pagar ninguna deuda, y no quiero otra cosa que abdi-*

« car mi derecho : yo no doy satisfaccion á la justicia, la doy á mi amor. *Amo Christum*, yo amo á Cristo y á Cristo despojado, y es una « dicha para mí desprenderme de todo para ser ménos indigno de mi « Dios que nada tiene. » Así el pobre de Jesucristo, abdicando la posesion, hace acto de propietario y confirma la propiedad.

Todavía hay mas : él hace tambien acto de fraternidad. Imitar á Jesucristo es la primera dicha de su abdicacion; socorrer á sus hermanos es la segunda. Él sabe que desposeyéndose á sí mismo presta socorros á sus hermanos : hermanos suyos se enriquecerán con su pobreza, hermanos suyos serán vestidos con su despojo, hermanos suyos serán alimentados con sus abstinencias : él quiere practicar la fraternidad, la verdadera fraternidad; él quiere dar sin recibir. Pero evidentemente para que su acto tenga esta significacion de afeccion y de fraternidad, es preciso suponer una cosa, esto es que cuando él da, puede retener. Si suponeis que el don que hace no es mas que un pago de deuda á la comunidad, su acto no tiene nada de afeccion y es el cumplimiento del deber mas vulgar : este hombre es un comunista sincero, que tomando la comunidad á lo serio, cumple la mas elemental de sus leyes. Pero no es este el sentido de esta abdicacion generosa, cuyo beneficio fraternal van á recoger los pobres. Él se titula hermano, y pretende hacer acto de fraternidad porque da lo que es suyo.

De este modo continúa él aquella fraternidad sincera y liberal que los hermanos de la primitiva Iglesia manifestaron cuando empezó el cristianismo, de la cual tan falsas interpretaciones han dado los novatores de nuestros dias, por no decir ridículas. Todos los bienes, dice la Escritura, eran comunes entre los cristianos : *Erant illis omnia communia*; sí, ¿pero cómo? Por el don fraternal y la abdicacion voluntaria de lo que cada uno queria poner al servicio de todos. Primeramente ellos vendian lo que les pertenecia : *Vendentes afferebant pretia eorum quæ vendebant*; y despues daban libremente : ellos ponian á los piés de los apóstoles aquellos dones voluntarios de la fraternidad : *ponebant ante pedes apostolorum*; y de aquellos dones voluntarios procedentes de todos aquellos desprendimientos fraternales se componia aquel tesoro de la comunidad cristiana que la caridad inteligente y libre hacia refluir sobre cada uno á medida de sus necesidades : *Divi-*

*debat*ur *singulis prout cuique opus erat*. Pero nuevos intérpretes de la sagrada Escritura quieren hallar absolutamente en estas palabras la constitucion radical del comunismo y la supresion de la propiedad; y esto es exactamente lo contrario de lo que ellas significan. Este hecho prodigioso que consta en los Actos de los Apóstoles, nos muestra el origen de la verdadera fraternidad que consiste en dar lo que se posee, y no lo que pertenece á todos. En nombre del Evangelio que predico delante de vosotros, en nombre de la Iglesia que me envia, en nombre de la verdad cristiana que se manifiesta y se sostiene en lo alto de este púlpito, yo denuncio los falsos hermanos y su engañosa fraternidad. Allí, en el Evangelio, hallo escrita la ley de la fraternidad; pero allí mismo, en el Evangelio hallo tambien escrita la ley de la justicia. Vosotros admitis la página de la caridad : ¿por qué rasgais la página de la justicia? Abrazad las dos : en el seno de la verdadera doctrina la justicia y la caridad están eternamente unidas, y nada podrá romper su indisoluble union. Entre lo que pensaban los primeros cristianos que daban sus bienes á los pobres y lo que piensan nuestros novatores, hay una gran diferencia. Aquellos hermanos de la Iglesia primitiva querian dar, nada mas que dar; esos hermanos del nuevo reino de Dios quieren recibir, nada mas que recibir; y si uno no se apresura á dar, ellos prometen pedir á la muerte que realice la fraternidad. Esos hermanos nuevos quieren recibir á título de justicia lo que ellos juzgan pertenecer igualmente á todos. Los hermanos del verdadero reino de Dios quieren dar á título de caridad lo que les pertenece en propiedad. Los unos suprimen la propiedad porque tienen el furor de la riqueza; los otros defienden la propiedad porque tienen el amor de la pobreza.

Al mostrarnos aquí la historia en la superficie de las cosas lo que se contiene en su fondo, atestigua con la mayor claridad, que los enemigos de la pobreza se han hallado ser en todas partes enemigos tambien de la propiedad. A la coincidencia histórica de los acontecimientos humanos no quiero dar mas importancia de lo que ella se merece. En una misma época pueden encontrarse sucesos sin que tengan una union íntima ó una afinidad secreta que los enlace el uno al otro : pero cuando esta coincidencia es constante, está uno autorizado para creer que la coexistencia de los hechos proviene de una afinidad de la naturaleza.